

sin mentir, pero engañados; pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas esten muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces, satisfecha la pasion ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hija mia; despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te

fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fia conocer quién la amaba con sinceridad, ó quién con embuste; y por este seguro y no bien ponderado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

CAPITULO VII.

Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de Méjico, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta

que por original conservó en la memoria.
Decia así:

Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de V., me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera.—Mis deseos nada importan, si no agrado yo á V. como V. á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla; porque mi carácter no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zahuanes, rondando su calle, valéndome de criadas ni de otros medios igualmente indecorosos á V. y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de V. á informarle de quien soy, y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, ántes que V. me diga si tiene vocacion de religiosa, si en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de V., entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entre tanto, dé V. órdenes á su amante servidor q. s. p. b.

Modesto.

Al instante que Pudenciana recibió esta extraña carta, la puso en manos de su

padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana: Hija, si el carácter de este hombre y sus demas cualidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien, y digno de ser marido de una mujer virtuosa.

En esta carta nada se lee que tenga visos de adulacion, mentira ni malicia: la verdad la dictó, y la escribió una mano firme, y que no la ha dirigido la falsedad, la seduccion ni la malicia. ¿Tú no lo conoces?—Yo no, papá.—¿Jamás lo has visto?—Jamás.—Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular: sobre tu inclinacion haz lo que quisieres, dile que venga ó no; pero escríbele, pues una carta política no se debe dejar sin contestacion por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha y naturalmente curiosa, obedeció á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos términos:

Muy señor mio: la política de V. exige que le diga que esta es su casa, y puede vi-

sitar á mi papá, contando ya con su licencia cuando guste....B. l. m. de V. su atenta servidora.

Pudenciana.

Luego que D. Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado; porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El jóven le hizo ver quien era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo donde vivia y como era absolutamente solo, y que el destino que tenia era de comerciante pobre; aunque su principal era bastante para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenia á su hija, y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel no acertaba á responderle en su estilo, solo le dijo: Me parece V. hombre de bien; visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando V. asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba D. Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia siguió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y D.^a Matilde: los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace; al que asistieron D.^a Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los dias de la boda, pensando Modesto que le seria tan sensible á su muger separarse de sus padres, como estos desprenderse de ella, consultó con el coronel sobre que si queria que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le seria muy lisonjero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

D. Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses, pero que era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de fami-

lia, las lecciones que le habia enseñado acerca de esto, y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó desearian tratarse madre é hija, pues por fortuna, la casa de enfrente estaba desocupada, y si querian podian tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro de tres dias se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre extrañaran la separacion, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivian muy contentos, pues no tenían encima suegros, cuñados, ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin; pero Pomposa se reia de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo y sobre todo, el tal cual lujo que veian en su casa, aumentaba cada dia el número de sus adoradores. Los regalos que la hacian estos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabia aprovechar de

los primeros, y reirse de los segundos.

Ninguna distincion hacia entre el tuno y el hombre de bien; y como que á nadie amaba, no advertia quien de sus amantes pensaba con honor y quien no: á todos los trataba por un estilo.

Su prima la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirarla inclinacion al matrimonio.

Una ocasion tratando sobre esto, le dijo: ¿En qué piensas, hermana, con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputacion, pues ningun hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chanceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo ademas sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo ménos que dicen es, que son unas locas,

estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin, sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiar y echarlos noramala—¡Cierto que llevas unos fines santos!—Si no son santos, á lo ménos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchas que hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana: tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el iman? ¿Hay satisfaccion mas placentera que verse una muger idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nuestros oídos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? ¿Alejandro, Cesar, Pompeyo, ni mil otros guerreros, podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde á este, desmaya á aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y

los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, y muchas veces los príncipes y los vasallos?

Tú, hermana mia, tienes talento, y no negarás que es una verdad cuanto te digo; y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo, Pudenciana, sí, el espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Qué dices?

¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades, y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo comun quieren á las mugeres, pero no las aman; esto es, las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envian á la caballeriza, y no se

acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes; pues así son los hombres. Ellos y las mugeres nos estan pregonando esta verdad á gritos mudos. Ahora seis años, no mucho ha, D.^a Ignacita la gagella, Tulitas la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo andaban? acuérdate; muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos; y ahora, ya has visto su paradero: las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta ó pidiendo limosna. Y ¿por qué? Porque el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron, abreviaron sus dias, mancharon su tez, robaron su hermosura; y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algun dia. A un tiempo las abandonaron todos, les volvieron las espaldas, no hubo relevo de pretendientes, y entónces ¿qué sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿qué esperanzas debes prometerte de mejor éxito, cuan-

do ni eres mas hermosa que muchas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras, y por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque manéjate de diverso modo si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno: eso seria querer que fueras insensible: nuestro corazon es de carne, somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algun hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro. Cásate, hermana: cástate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu carazon y hacerlo tu marido.

¿Yo casarme? contestó Pomposa, ni pensarlo: tú estás recién casadita, aun comes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos dias, que saque las uñas tu marido, que comience á zelarte, á re-

ñirte y á faltar á sus obligaciones, y entónces yo te preguntaré como te vá.

No tengo esperanzas de responderte que mal; porque ántes de casarme lo pensé bien, examiné el carácter de mi esposo y el mio, y conozco que jamas le daré lugar á que me cele ni me riña, y por lo mismo me pasará siempre buena vida. No te canses, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido, experimentense mutuamente los dos, consulten á la experiencia de los padres y del confesor, (*) conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda lá vida, dirijan sus fines, no el interes, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazon igual al suyo en que descanse con seguridad, y un amigo inseparable hasta el sepulcro; y entónces la muger no dará lugar á quejas,

(*) *En la eleccion de confesor ó director espiritual, debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia; pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas resultas.*

riñas ni zelos á su marido, ni este tendrá valor para maltratar ni abandonar á su muger. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz de la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el corazon del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará difícilmente, pues la memoria del consorte llega mas allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes: y así, hermana, si quieres ser feliz, examina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, cástate, y dejate de tonteras.

¿Yo casarme? repetia Pomposa, eso si que no: ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para muger propia; pero mira: me quieren un comerciante que tendrá cuarenta años, un oficial segundo de secretaría, un hacendero payo, un minero viudo con una hija de seis años, un licenciado acabado de recibirse, un médi-

co con tales cuales créditos, y un corredor del número. ¿Qué te parece? ¿no son excelentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿seria feliz al lado de cualquiera de ellos? ¿Qué dices? pues estos son mis novios.—

En verdad, hermana, que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacerte feliz, con tal que no quieras salirte de tu esfera; pues en queriendo exigir de tu marido mas de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado; porque si quieres contentar tus deseos á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo exasperas, y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad; pues, que sea por lo ménos marques, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *A las veces en casa de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marques que haya de ser mi marido, sea rico, y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo,

y tanta seguridad como gusto; si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta bien vendida, ó podrida en el huacal.

Pues yo temo que tu fruta se pudre, dijo Pudenciana; porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosuras en las que eligen para esposas, sino dinero á todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veriamos tantas marquesas feas, tantas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marques rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.